

# Contra la ceguera social

---

## Against Social Blindness

---

HERNANDO ARTURO ESTÉVEZ CUERVO\*

---

### RESUMEN

La ceguera, como problema social, se evidencia en el desinterés por el bienestar del otro, en la incapacidad para la empatía social como condición para la convivencia colectiva y en el uso de prejuicios sociales que invisibilizan al otro; es decir, existe ceguera social cuando se pierde la capacidad de reconocer al otro como actor en la construcción social de valores. Este artículo muestra la ceguera social como una enfermedad de la mirada (de la percepción), no de los ojos; sus causas se encuentran en la capacidad para percibir el mundo y todo su contenido tanto material como humano, y no en la habilidad interna de los organismos y los procesos fisiológicos para ver el mundo.

**Palabras clave:** ceguera, ceguera social, José Saramago.

### ABSTRACT

Blindness, as a social problem, is evident from the lack of interest in other people's welfare, the inability to social empathy as a condition for collective coexistence and the use of social prejudice that make others invisible; in other words, social blindness exists when you lose the ability to recognize others as actors in the social construction of values. This paper depicts social blindness as a disease of perception, not the eyes; the causes lie in the ability to perceive the world and all its contents, both material and human, and not in the internal ability of organisms and physiological processes to see the world.

**Keywords:** Blindness, Social Blindness, José Saramago.

---

\* Doctor en Filosofía por la Universidad DePaul, Chicago, Estados Unidos. Magíster en Estudios Liberales por la Universidad de Indiana, Fort Wayne, Estados Unidos. Filósofo por la Universidad Purdue, Indiana, Estados Unidos. Profesor asociado de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de La Salle, Bogotá, Colombia.

---

Cómo citar este artículo: Estévez Cuervo, H. A. (2014). Contra la ceguera social. *Ciencia & Tecnología para la Salud Visual y Ocular*, 12(2), 61-69.

Los sentidos nos dicen mucho del mundo que nos rodea y también cuentan mucho de lo que somos en él. Ello nos dicen qué hay en el mundo, la cantidad de lo que existe y la cantidad que queda, y también nos alertan de los cambios que han ocurrido en el lugar que ocupamos. Con los sentidos percibimos el mundo, comprobamos lo que conocemos y entendemos, sensibilizamos los juicios, apreciamos las diferencias en una contingencia mezclada de percepciones sensoriales. Los humanos somos seres visuales: usamos el sentido de la visión para interpretar lo que nos rodea; sin embargo, lo que realmente vemos es luz, y de ella, una pequeña parte de la totalidad del espectro electromagnético, ya que solo vemos las longitudes del espectro entre los 380 y los 760 Nm. Esta limitación no nos permite ver otros tipos de energía, como la gamma o las ondas de radio.

El proceso de la visión es simple: la luz atraviesa la córnea transparente, se dirige al interior del ojo a través del agujero de la pupila, que gracias a los procesos musculares del iris controla de manera precisa el tamaño pupilar para que la luz pase a través del cristalino, y un cuerpo refringente y transparente conocido como *humor vítreo* hace que los rayos lleguen finalmente a la retina. Este proceso óptico se perfecciona por medio de un sistema de enfoque del cristalino, conocido como *la acomodación*, que modifica la entrada y refracción de la luz en el ojo, con el fin de que los rayos se enfoquen correctamente en la retina. Este es el punto de partida para el inicio del proceso que convierte la luz en imagen, a través de delicadas células con forma de conos y bastones (fotorreceptores) que se conectan de forma individual con otras fibras nerviosas y, a su vez, responden a la luz generando diminutos impulsos eléctricos que transitan fuera del globo ocular hacia el nervio óptico, y de allí, al cerebro.

En ese preciso instante de este proceso, nos maravillamos con lo que nos ofrece el mundo: los colores infinitos en sus tonalidades, gradaciones inagotables de brillos y sombras que iluminan los paisajes saturados de maravillosos objetos, algu-

nos naturales y otros artificiales, pero todos con la capacidad de asombrarnos frente a su sencillez, complejidad y singularidad. Todos los objetos, todos los colores y cada una de sus perspectivas nos conceden el privilegio estético de admiración, de contemplación y, por supuesto, de reflexión.

El sentido de la vista es la forma primaria y primordial con que interpretamos el mundo. Él nos hace individuos preferentemente materiales, pues los objetos del mundo, en su mayoría, tienen una función que depende de la utilidad de estos para la vida; unos esenciales, otros secundarios, pero todos posibles de inspirarnos para la reflexión. Por esto, el sentido de la vista es también mirada, observación, admiración y contemplación, lo que nos permite asombrarnos de la belleza simple de la materialidad. La mirada nos hace individuos, pues en ella yace la perspectiva subjetiva, donde prima esa singularidad del mundo que convierte cada objeto en una experiencia visual única. Con los ojos también percibimos a otros sujetos singulares y colectivos que, simultáneamente, también nos ven, nos observan, nos admiran y contemplan nuestra propia mirada. Ello convierte el mundo en un espejo que refleja lo que somos y lo que no, como el caleidoscopio y el prisma, siempre creando con cada mirada un nuevo panorama de lo que nos rodea.

Cuando el sentido de la vista falla por naturaleza, enfermedad o agotamiento, caemos en la ceguera profunda de la oscuridad, sin poder ver lo novedoso de la creación humana, reducidos a los recuerdos y a la memoria de las percepciones de los objetos que son y fueron en el pasado. Cuando la ceguera aparece, el sentido de la vista también nos hace seres frágiles, especialmente cuando la habilidad de la visión se ha estropeado y ya no cumple su función.

Los últimos estudios científicos en las ciencias de la visión consideran que la catarata, el glaucoma, la degeneración macular relacionada con la edad y la retinopatía diabética son las causas más comunes de la ceguera. De estas afecciones de los ojos,

algunas son prevenibles y otras son consecuencia de algunas enfermedades. Vivimos en una época en que la tecnología al servicio de la salud encuentra nuevas posibilidades para lograr resultados positivos y esperanzadores frente a la ceguera. En un artículo reciente del *New York Times* (Belluck, 2009) se anuncia cómo los avances en tecnología, genética y biología han logrado hacer más factible restaurar la visión mediante intervenciones quirúrgicas y el implante de dispositivos electrónicos. “Durante mucho tiempo, los científicos y los médicos han sido muy conservadores, pero en algún momento uno tiene que salir del laboratorio y centrarse en conseguir las pruebas clínicas en seres humanos reales”, dice Timothy J. Schoen, director de Ciencia y Desarrollo Preclínico en la Fundación para la Lucha contra la Ceguera.

Ahora “hay un verdadero impulso”, dijo, porque “tenemos una gran cantidad de personas ciegas que caminan alrededor, y tenemos que tratar de ayudarlos”. El artículo en mención explica cómo los métodos actuales para curar la ceguera incluyen la terapia génica, que ha producido una mejor visión en las personas ciegas con enfermedades congénitas. También demuestra cómo la investigación con células madre es considerada “prometedora”, aunque lejos de producir resultados, así como nos actualiza en otros estudios que incluyen el uso de ciertas proteínas que responden a la luz para favorecer los trasplantes de retina.

Sin lugar a dudas, la ciencia y la tecnología confabulan a favor del bienestar humano para corregir, curar y prevenir la enfermedad. Sin embargo, la ceguera no es solo un problema médico que afecta a la sociedad y a sus individuos y que se resuelve con los avances de la tecnológica en las ciencias de la salud, sino que también es un problema social que va más allá de los avances y las características de las ciencias de la visión: oftalmología, optometría, óptica. De hecho, en el ámbito de las ciencias médicas y sus dinámicas tecnológicas, la ceguera sobrepasa la valoración de condiciones científicas y económicas, que dan origen a los diferentes niveles de acceso a la asistencia médica.

Desde esta perspectiva, la ceguera deja de ser un fenómeno físico e individual para convertirse en uno de índole social y colectiva que refleja los valores morales y éticos en las relaciones y dinámicas sociales. Como un problema social, por un lado, la ceguera no se limita al análisis ético de los valores culturales que, en gran medida, pueden determinar y guiar el comportamiento de los ciudadanos mediante la legitimización de lo que es correcto e incorrecto; y, por el otro, es la incapacidad de la sociedad para asumir su responsabilidad colectiva frente a todos los individuos, así como la inhabilidad para la convivencia colectiva desde el reconocimiento de la igualdad de condiciones como principio fundamentador.

La ceguera como problema social se evidencia en el desinterés por el bienestar del otro, por la incapacidad para la empatía social como condición para la convivencia colectiva y por el uso de prejuicios sociales que invisibilizan al otro; es decir, perdemos la capacidad de reconocer al otro como actor en la construcción social de valores<sup>1</sup>. La ceguera social es una enfermedad de la mirada (de la percepción), no de los ojos; sus causas se encuentran en la capacidad para percibir el mundo y todo su contenido tanto material como humano, y no en la habilidad interna de los organismos y los procesos fisiológicos para ver el mundo.

Se trata, entonces, de problemas fascinantes que nos conducen a cuestionamientos profundos de la realidad en que vivimos. En este artículo, la categoría *ceguera social* surge de la preocupación por la necesidad de reconocimiento del otro en la sociedad. Es evidente que en las sociedades actuales, donde prima el auge por el individualismo, la lógica por la utilidad del saber y la cuantificación

1 En este artículo el concepto de “el otro” está definido como el otro individuo no igual a mí, quien tiene características específicas de raza, género, religión, clase social, nacionalidad, ideología política y sexualidad que lo diferencian de otros individuos. Para una discusión sobre los conceptos de “el otro” y “la otredad”, véase Todorov (1991, 1995).

del quehacer humano, es imperativo hablar de la raíz de los problemas sociales.

Mi interés por el problema de la ceguera social emerge del estado actual de las sociedades contemporáneas, donde se observa con preocupación y atención un deterioro del sentido de comunidad intercultural de los ciudadanos. A pesar de la cohesión económica que motiva a la sociedad a seguir las leyes y los principios del desarrollo económico competitivo, la inversión y el consumo a favor de un crecimiento acumulativo en pro del individualismo, es evidente que la sociedad como tejido colectivo de bienestar común se desgasta irreversiblemente. Las sociedades actuales necesitan crear las condiciones que posibiliten una convivencia en que la democracia, en su definición más simple, incluya la igualdad de derechos para todos los ciudadanos del Estado, como condición prepolítica para su estabilidad. De ello se derivaría como consecuencia la inclusión social mediante el reconocimiento *político*<sup>2</sup> y social de todos sus ciudadanos.

En ese sentido, la inclusión y el reconocimiento social no son solo deberes políticos que fortalecen la institucionalidad, sino que son deberes públicos de la ciudadanía, en la medida en que el individuo ejercita su ciudadanía solo a través del reconocimiento del otro y por cuanto su igualdad es condición para el ejercicio político. Cuando el ciudadano no reconoce los derechos del otro, la igualdad y la diferencia desaparecen de la luz pública y se convierten en causas de la ceguera social. Esta encuentra una primera explicación en las ventajas que trae para el individuo y la sociedad; es decir, quien no quiere ver al otro como igual, en condición de derechos y responsabilidades, tiene la ventaja de ser ajeno a la responsabilidad que conlleva vivir en colectividad, pero ello trae como inevitable perjuicio la fragmentación de

---

2 El concepto de política en este ensayo se remonta a su uso griego, es decir, lo político está directamente relacionado con la pertenencia a la *polis*, ciudad-Estado, pues para los griegos, el Estado es un Estado-ciudad.

la reciprocidad endémica del tejido social al que pertenece, sin importar qué tan numeroso es o puede ser su entorno social.

Este individuo, ciego frente a su conciudadano, percibe falsamente lo social desde su propio privilegio, queda enceguecido por los beneficios de su individualidad y reduce su campo visual social. Las consecuencias ineludibles de tal condición crean condiciones propicias para padecer la incapacidad de anteponer la colectividad a la individualidad, con lo cual se propaga el arribismo social, el egoísmo, la codicia y la ausencia de un espíritu colectivo y de convivencia. Cuando estamos ciegos frente a la realidad de los demás, descartamos nuestros deberes y negamos el derecho de los otros a estar y ser en el mundo. En su condición más crítica, la ceguera social nos da el derecho de ocultarnos de la realidad, de la propia y de la de otros: se desplaza la responsabilidad por el otro a la responsabilidad individual, se encapsula el deber social en el interés propio.

Ciertamente, es fácil explicar la ceguera social en un mundo como el nuestro, dominado por la individualidad y la competencia, la utilidad y el consumo exagerado, pues la realidad se define desde las lógicas de valoración material, donde lo que cada uno tiene solo adquiere valor en la medida en que otros no pueden acceder a él. Y es aún más sencillo justificar su contagio y propagación cuando la ceguera nos protege de las consecuencias que traen la inequidad y la desigualdad. Tanto la literatura como la filosofía han utilizado la alegoría a la ceguera para explicar la existencia y las consecuencias de los problemas sociales, algunas veces culpando al individuo y sus valores antisociales, otras, a la sociedad y sus contradicciones democráticas, pero nunca justificando su existencia.

En las tragedias griegas encontramos a Tiresias y a Calcas, adivinos ciegos que, con sus revelaciones, aconsejaron a reyes y héroes. Fue gracias a Tiresias que Edipo, en las *Tragedias* de Sófocles (2007), descubrió el misterio de su nacimiento y logró expiar

sus involuntarios crímenes. En la novela española *El lazarillo de Tormes* (Anónimo, 1999), escrita en primera persona y en estilo epistolar, el ciego es el símbolo del malvado, que es motivo a la vez de sufrimiento, de risa y hasta de mofa para esbozar irónicamente el ideal de sociedad y confrontarla con la crueldad de la sociedad del momento.

El escritor argentino Ernesto Sábato, en su novela *Sobre héroes y tumbas* (1961), elabora una trama alrededor de la vida y situación de varios personajes, todos con una profunda melancolía como resultado de la desesperanza. El tercer capítulo del libro, "Informe sobre ciegos", muestra un trasfondo social de desamparo, pues la imposibilidad de traspasar nuestras propias subjetividades resulta en el olvido, sin que nadie nos ampare.

Tal vez, el autor que con más simplicidad y, a la vez, mayor elocuencia narrativa nos ha planteado el problema del reconocimiento del otro en la sociedad es el premio nobel José Saramago. En el libro *Ensayo sobre la ceguera*, Saramago (1995) describe una ciudad sin determinar en la que sus habitantes, uno a uno, sin explicación científica o razón alguna, poco a poco se quedan repentinamente ciegos, y aquellos que entran en contacto con alguna de estas personas tienen la misma suerte. Una epidemia, un castigo divino, un momento excepcional o simplemente la fe de la humanidad... El pánico se extiende ante la amenaza de un posible apocalipsis, mientras el gobierno y la sociedad deciden aislar a todos los ciegos en un edificio apartado del resto, para así evitar el contacto con los no contaminados.

Más que una novela de un gran valor literario, *Ensayo sobre la ceguera* es también una profunda crítica a las sociedades actuales, al egoísmo, al individualismo político de los Estados democráticos. Analizando las respuestas institucionales y estatales a esta epidemia, Saramago nos advierte que la ceguera social es también la miopía cultural, el astigmatismo social y la hipermetropía política, pues no distinguimos las diferencias que existen

entre unos y otros, distorsionamos los derechos y los deberes, y la cercanía de la convivencia se nos vuelve borrosa. La ceguera social no es solo un enfermedad del individuo, sino también de los Estados que operan desde la lógica y la racionalidad de la exclusión, con lo cual generan una escisión social que fragmenta las relaciones, cuando responden para proteger los intereses privados y no lo hacen con los públicos. En la novela, Saramago (1995) escribe:

El Gobierno lamenta haberse visto obligado a ejercer enérgicamente lo que considera que es su deber y su derecho, proteger a la población por todos los medios de que dispone en esta crisis por la que estamos pasando, cuando parece comprobarse algo semejante a un brote epidémico de ceguera, provisionalmente llamado mal blanco, y desearía contar con el civismo y la colaboración de todos los ciudadanos para limitar la propagación del contagio (p. 50).

De esta manera primordialmente alegórica y simbólica, *Ensayo sobre la ceguera* hace una crítica a la manera de concebir a los otros, pues la ceguera simboliza la deshumanización-objetivación a la cual llegan los individuos cuando son privados de la vista o cuando no quieren ver a los otros como iguales y diferentes. Como motivo alegórico, la ceguera manifiesta la decadencia de la sociedad frente a sus propias carencias y falencias y a su incapacidad inclusiva para resolverlas. Como problema social, la ceguera tiene origen, causas y síntomas. Antes de continuar, es conveniente hacer una aclaración etimológica y gramatical entre *origen* y *causa*, pues dado que parte de esta reflexión es por el origen o la causa de la ceguera social como problema social, es pertinente acercarnos a este concepto con la precisión y el cuidado que exige la ciencia exacta, y con el análisis y la interpretación que piden las ciencias humanas. En este sentido, esta reflexión tiene la ventaja de fusionar los beneficios metodológicos y temáticos que ofrecen las ciencias sociales y las ciencias básicas, en la medida en que abarcan aspectos literarios y científicos

como herramienta conceptual para entender la humanidad y los principios éticos y morales con los que vivimos y convivimos.

Los dos conceptos en mención están íntimamente ligados por la extensión de su significado, pues cuando revisamos un diccionario de sinónimos, encontramos que *origen* y *causa* tienen una gran afinidad con la palabra *motivo*, que en sentido etimológico connota lo relativo al movimiento (*motivus*), razón que mueve a obrar. Así, la ceguera como problema social alude no solo a las causas del problema mismo, sino también a las razones que invitan al individuo a obrar como si estuviera ciego socialmente. Este ha sido un problema epistemológico y social que ha enfrentado la *polis* en sus orígenes, como también una preocupación que ha definido los postulados políticos y sociales que conforman el Estado.

Desde el punto de vista médico, la ceguera es la incapacidad física de ver la luz, lo que produce una sensación de completa oscuridad, de ausencia de luz. A diferencia de la ceguera física, los habitantes de la ciudad de Saramago están ciegos por la incandescencia de una fuerte y profunda luz blanca: “Lo veo todo blanco, doctor”, dice uno de los pacientes que ha recurrido al médico para buscar una explicación a su condición física; otro le cuenta al doctor, con ansiedad y preocupación, de su propia condición y asombro frente a esta inexplicable situación:

El médico le preguntó, Nunca le había ocurrido nada así, quiero decir, lo de ahora, o algo parecido, Nunca, doctor, ni siquiera llevo gafas. Y dice que fue de repente, Sí, doctor, Como una luz que se apaga, Más bien como una luz que se enciende (Saramago, 1995, p. 21).

Para Saramago, la ceguera social no es la incapacidad física de no ver al otro por la ausencia de luz que el ojo requiere para vernos los unos a los otros desde las desigualdades y las diferencias; por el contrario, la ceguera social, la luz blanca que encandila los individuos, es causada por el

destello de solo poder verse a sí mismos. El texto de Saramago es una fascinante historia narrada en tercera persona en la que cada uno de sus personajes representa la multiplicidad de valores en la sociedad. El libro concluye “que estamos ciegos, Ciegos que ven, Ciegos que viendo, no ven” (Saramago, 1995, p. 326). Esta ceguera tanto literal como metafórica revela la relación entre los personajes y sus dimensiones sociopolíticas en lo que inicialmente era una enfermedad, pero que más tarde se reconoce como rasgo fundamental en la condición humana. Saramago considera que se puede llegar a imaginar un mundo diferente, al recrear las relaciones personales y sociales que quedan plasmadas en los lugares y las personas que forman parte del Estado, solo cuando se puede ver y mirar a los otros como parte esencial de la vida cotidiana.

Sorprendentemente, en las sociedades actuales, la ceguera social es una ventaja para algunos, pues les posibilita ver el mundo en su estado más material, útil y consumista, donde todo es un objeto sin historia humana y donde el campo visual se limita para percibir lo humano y para volvernos discapacitados en el sentido de vernos entre nosotros mismos y ver a los otros como parte también de la sociedad. Una de las referencias a la ceguera y sus causas más interesantes y fascinantes en la historia del pensamiento occidental es la que realiza Sócrates en la conocida *Alegoría de la caverna* (Platón, 2009)<sup>3</sup>, que describe detalladamente cómo un esclavo liberado, después de haber estado enca-

3 El texto de Platón (2009), en *La república*, describe la caverna de la siguiente manera: “Representátese hombres en una morada subterránea en forma de caverna, que tiene la entrada abierta, en toda su extensión, a la luz. En ella están desde niños con las piernas y el cuello encadenados, de modo que deben permanecer allí y mirar solo delante de ellos, porque las cadenas les impiden girar en derredor las cabezas. Más arriba y más lejos se halla la luz de un fuego que brilla detrás de ellos; y entre el fuego y los prisioneros hay un camino más alto, junto al cual imagínate un tabique construido de lado a lado como el biombo que los titiriteros levantan delante del público para mostrar, por encima del biombo, los muñecos. [...] Del otro lado del tabique, pasan sombras que llevan toda clase de utensilios y figuras de hombres y otros animales, hechos en piedra y madera y

denado desde siempre, sale de una caverna donde solo ha sabido de tinieblas, apariencias, siluetas de imágenes reflejadas en las paredes, gracias a un fuego intermitente que alumbraba y permite ver sombras en la oscuridad.

En la caverna de Platón, la ceguera es de tipo temporal, reversible y, por lo tanto, curable. Una vez fuera de la caverna, el esclavo se enfrenta a la luz verdadera, al sol, y ve claramente los objetos reales de donde provienen las imágenes en la caverna. Para Platón, la *Alegoría de la caverna* es más que una simple referencia epistémica y ontológica acerca de la necesidad de la búsqueda de la verdad; es también el punto de partida de la necesidad política de compartir el conocimiento adquirido con otros ciudadanos, pues el esclavo, una vez ha conocido la realidad del mundo exterior, regresa a las profundidades de la caverna y libera a quienes todavía son esclavos.

Me gustaría detenerme por unos instantes en la pérdida repentina y temporal de la visión, también llamada científicamente *amaurosis fugax*, para hacer referencia al problema de la ceguera temporal como problema social. Desde la patología ocular, esta ceguera temporal se produce por la reducción de flujo sanguíneo en los vasos retinales. Recordemos que es la retina donde las imágenes son enfocadas, una vez la luz se encuentra en la parte posterior del ojo; es decir, la retina enfoca lo que vemos, observamos y percibimos con los ojos, por lo cual es uno de los tejidos funcionales más importantes del globo ocular. Esta ceguera temporal es generada por un bloqueo o bajo flujo sanguíneo que alimenta al globo ocular y permite la comunicación con el cerebro.

La ceguera social que nos afecta es también temporal, y su causa primordial es la interrupción de la interdependencia que requiere la convivencia colectiva. El obrar humano es social y encuentra sentido cuando involucra a otros individuos, pues

de diversas clases; y entre los que pasan unos hablan y otros callan” (Libro VII, § 514a-515a).

implica la intencionalidad que expresa el reconocimiento del otro en la medida en que tiene propósito colectivo como fundamento para la acción; es decir, somos seres sociales por naturaleza e interactuamos en la sociedad para ser y hacer en el mundo, interrelacionados por el bien común; así como todos los sentidos dependen entre sí, pues si uno falla, fracasa la comprensión total de lo que nos rodea. La ceguera física se puede evitar y en algunos casos se puede curar; la ceguera social se debe evitar y en todos los casos se puede prevenir.

Algo que llama la atención en los estudios de filosofía es la manera como esta trata siempre de explicar la relación entre la teoría y la práctica. Dentro de las corrientes filosóficas desde la antigüedad hasta la actualidad, la filosofía expresa una simpatía por la libertad de pensamiento y rechaza aquella forma doctrinaria desde el derecho a la creatividad filosófica-intelectual. En el marco de esta trayectoria, es importante hacer referencia al filósofo francés del siglo xx Maurice Merleau-Ponty, en su compromiso y sensibilidad por las nuevas ideas críticas y sus planteamientos políticos-sociales. Para Merleau-Ponty, la experiencia del cuerpo como objeto sensible y perceptible es solo posible en la sociedad en relación con otros cuerpos, ya que la intencionalidad de nuestro quehacer no es simplemente una propiedad de la conciencia, sino que debe ser pensada a partir de un *cogito* radicalmente sumergido en la *facticidad*, a partir del sentir y del percibir.

Ahora bien, el proyecto del filósofo francés se define en términos del restablecimiento de la filosofía como una práctica reflexiva abierta al mundo de la multiplicidad de saberes y la comprensión de las vicisitudes de la existencia personal y colectiva de los seres humanos. En su texto *Lo visible y lo invisible* (1970) aparece la preocupación por las relaciones sociales y políticas, causada la percepción sensible de las cosas en cada uno de nosotros, así como la infraestructura del mundo de la vida y la condición existencial que existe entre la conciencia interior y el mundo externo-objetivo:

Pero ¿a qué se abren [nuestras percepciones] entonces? ¿Cómo nombrar, cómo describir, tal como yo lo veo desde mi sitio, eso vivido por los otros que no puedo decir que no es nada para mí puesto que creo en los demás, y que por otra parte, me ataño personalmente puesto que se halla en ellos como visión ajena sobre mí? Quizás en muchos momentos de mi vida los otros se reducen para mí a este espectáculo que puede ser un hechizo. Pero basta que la voz se altere, que aparezca lo insólito en la partitura del diálogo, o, al revés, que una respuesta conteste demasiado bien a lo que estaba pensando sin haberlo dicho del todo, y de repente irrumpe la evidencia de que también allá se vive la vida minuto a minuto: en alguna parte detrás de esos ojos, detrás de esos gestos, o más bien ante ellos, o, mejor dicho aún, a su alrededor, viniendo de no sé qué trasfondo del espacio, se trasluce otro mundo particular a través de la trama del mío, y por un momento es en él donde vivo, no soy más que respuesta a esa pregunta que se me hace. Claro que, por poco que recobre la atención, llegaré al convencimiento de que ese otro que me invade está hecho con mi propia sustancia: sus colores, su dolor, su mundo, precisamente en tanto que suyos ¿cómo voy a concebirlos si no es partiendo de los colores que veo, de los dolores que he padecido, del mundo en que vivo? Por lo menos, mi mundo particular ya no es solo mío, se ha convertido ahora en instrumento que maneja otro, en dimensión de una vida generalizada que ha venido a injertarse en la mía (Merleau-Ponty, 1970, p. 28).

La cita es larga pero necesaria. En esta parte, Merleau-Ponty nos explica las condiciones esenciales para la convivencia; la intencionalidad individual significa que la conciencia de sí mismo está tendida totalmente hacia lo que le es diferente, al grado que su propio reconocimiento depende del otro, más allá de la evidente reciprocidad, pues la vida interior que experimentamos, percibimos, sentimos y pensamos está constituida por una pluralidad de individuos que compartimos el mundo. El campo social está constituido por una multiplicidad de

sujetos y sus mundos, así como por sus realidades correspondientes.

Las lógicas de la convivencia social en los sujetos, configuradas desde la democracia, se generan en la cada vez mayor estrategia de la comunicación, lo que deriva especialmente en el reconocimiento de los otros. En este ámbito de la comunicación, la percepción del otro supone la posibilidad de interacción al delegar la función más primaria a la igualdad. No significa esto que la igualdad social no posea otras funciones que las meramente políticas y económicas; lo que sucede es que la igualdad social registra valores *políticos*<sup>4</sup> fuertemente arraigados en la vida cotidiana, hasta el punto de convertirse en un valor cultural. Un aspecto cultural de cómo percibimos a los otros pasa por los derechos y las responsabilidades de los sujetos con los que compartimos el espacio *político*, ya que este es también el lugar en el que se despliegan otros valores que devienen de la percepción del otro como igual: el respeto, la admiración y la colaboración, que sirven a la perfección para unos comportamientos cada vez más colectivos y menos individualistas.

Cada individuo es una perspectiva de la realidad que nos aporta entendimiento acerca del mundo; después de todo, más que conocer el mundo, debemos entenderlo. Para ello, nuestra época tecnológica, en la que nos comunicamos de manera inmediata con símbolos que reflejan nuestras emociones virtualmente, necesita ciertamente mantener la comprensión del otro en el centro de las interacciones, hacer posible un actuar cívico capaz de atender al mundo real y estar a la altura de las exigencias y expectativas democráticas.

La igualdad social y el reconocimiento de la diversidad cultural nos ofrecen la vía de un actuar social para el bienestar colectivo que escapa el maleficio

4 El concepto de *política* aquí denota el significado etimológico de la palabra, a saber: el griego *polis*, que significa 'ciudad' e implica lo que se requiere para pertenecer a la ciudad.



de la competencia individual: el de convertirse a sí misma en el fin de su propia tarea. La ceguera social y la ceguera visual son males que afectan la magnitud y resolución de las imágenes que percibimos, así como un campo social y visual monocular limita la luminosidad del pluralismo humano, desfigurando e impidiendo ver con nitidez la esencia de la condición humana: la capacidad natural e ilimitada para el afecto por otros seres humanos.

Quisiera concluir esta reflexión literaria, filosófica y social con las palabras de la escritora española Marcela Serrano (1993), que en su hermoso libro *Para que no me olvides* relata la historia fascinante de Blanca, quien luego de sufrir una enfermedad mental, la afasia, la cual no le permite articular el lenguaje, de modo que no puede ni hablar ni leer y solo le quedan sus memorias y su pensamiento para enfrentar y abrirse a las realidades sociales, descubre una nueva forma de comunicarse con sus ojos:

He inventado un nuevo lenguaje: mis ojos. Los ojos no me servían sino para mirar. Hoy todo lo digo con los ojos y lo que ayer comprendía con la mente y el pensamiento hoy lo hago con mis ojos. El desconcierto, la pena, la fatiga, el desamor, el furor se convierten en miradas que distanciándose de otras miradas las destacan

y me enseñan lo que debo aprender. Los ojos subrayan todo acontecer y los libros son ahora el blanco, y el blanco lo envuelve todo, menos los ojos. Con ellos veo el peligro y los desechos, siempre atentos. Ellos generan el pensar que ya no tendrá pensamiento y lo que mis ojos no reparen no existe, no deben desviarse mis ojos, carezco de todo otro lenguaje, el único es el que ven y miran mis ojos. Son ellos mi nuevo lenguaje. Desde hoy, hablarán por mí. Y es con esos ojos que contaré esta historia (p. 20).

## REFERENCIAS

- Anónimo (1999). *El lazarillo de Tormes*. México: Lectorum.
- Belluck, P. (2009, 26 de septiembre). Burst of technology helps blind to see. *The New York Times*. Recuperado de <http://www.nytimes.com/>
- Merleau-Ponty, M. (1970). *Lo visible y lo invisible*. Barcelona: Seix Barral.
- Platón (1969). *Obras completas*. Madrid: Aguilar.
- Sábato, E. (1961). *Sobre héroes y tumbas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Saramago, J. (1995). *Ensayo sobre la ceguera*. Madrid: Alfaguara.
- Serrano, M. (1993). *Para que no me olvides*. Madrid: Alfaguara.
- Sófocles (2007). *Tragedias completas*. Madrid: Cátedra.
- Todorov, T. (1991). *Nosotros y los otros*. México: Siglo XXI.
- Todorov, T. (1995). *La Conquista de América. El problema del otro*. México: Siglo XXI.

Recibido: 25 de mayo del 2014

Aprobado: 8 de septiembre del 2014

CORRESPONDENCIA

Hernando Arturo Estévez Cuervo  
hearestevez@unisalle.edu.co